



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12065

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jers.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 22 DE FEBRERO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimir
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La cuestión minera

Sr. Director de EL ECO:

Muy estimado amigo: Como ese periódico ha dedicado y dedica al asunto que sirve de epígrafe á estas líneas, la importancia que significa para la vida de esa región, creo conveniente, más aún, necesario, darle á conocer el resultado de la última y reciente conferencia celebrada con el señor ministro de Hacienda, acerca de la cual, con las deficiencias propias del telegrama, se ha dado ya cuenta en ese periódico.

Puedo asegurar á usted que en cuanto diga reflejo fielmente lo expuesto por el señor Urzaiz y la opinión de los asistentes á la conferencia de que se trata.

A pesar de los apremios impuestos por la necesidad de resoluciones que alejen esperados y temidos conflictos y de la petición de medidas que borren el temor de los hasta cierto punto disculpables errores á que el hambre conduce, el señor ministro de Hacienda no ha encontrado aún el medio de dar comienzo á su ofrecida labor, para con el apoyo de las Cortes, hacer algo que modifique y permita el trabajo en esa sierra, imposible hoy por circunstancias hasta la saciedad y en todos los tonos expuestos por la prensa local, y por las representaciones de todos los intereses de la región, en viaje á ésta, y de cuya utilidad se debe ya lógicamente desconfiar.

No guardan los hechos relación con las promesas.

Pasados quince días, el señor ministro declara que no ha estudiado aún el medio de satisfacer el deseo de la comisión de Cartagena y La

Unión; y dice más, añade que ante el silencio de las restantes comarcas mineras de España, lo que se intenta parece como la concesión de un privilegio en favor de una determinada localidad, con daño de las restantes y notorio perjuicio del Tesoro público.

Y claro que con estas manifestaciones y con la parsimonia en la resolución, no es muy aventurado suponer que las disposiciones del señor Urzaiz, ni en poco ni en nada son—hoy al menos—favorables á las peticiones formuladas por la comisión venida de esa.

Los jefes de todas las minorías, el señor Presidente del Congreso, el del Gobierno, S. M. la Reina, todos, reconocieron y convinieron en la necesidad de adoptar urgentes medidas para remediar los males que se expusieron; pero el señor ministro de Hacienda, ejerciendo de recaudador implacable, no ve ni estima la gravedad; ni se le alcanza el medio para llegar á un fin, cuya justicia, por lo antes expuesto, parece poner en duda. Y mientras de tal modo opta el señor ministro de Hacienda, parecemos, y de tija pareciera lo propio á los lectores de ese periódico, que nada hay que esperar de las iniciativas del señor Urzaiz, y que habra necesidad de buscar por otros caminos lo que el diputado gallego no parece dispuesto á conceder.

Pero no es esto sólo con ser muchísimo.

El señor general Aznar leyó un telegrama del señor Alcalde de esa, en el cual se le anuncia la visita á la sierra de una comisión investigadora de las declaraciones de la riqueza bruta.

No se trata de una recomenda-

ción—decía el Sr. Aznar—que se encamine á la defensa de la explotación, si existe, que yo no protejo tales propósitos; pero yo me permito llamar la atención del señor ministro sobre la oportunidad de la medida, recordándole lo que suelen ser y significar ciertas investigaciones, que en los momentos actuales podrían servir como justificación para hechos que á todos nos toca el deber de evitar en lo posible.

El Sr. Urzaiz no parece dispuesto á que por ahora se renuncie á ese derecho de la Hacienda, si el señor Delegado lo considera conveniente, y estima, colocándose fuera de la realidad tristemente por todos conocida, que los declarantes de buena fé nada pueden temer de ella.

Muy bonito para dicho, pero muy distante de la verdad desgraciadamente.

Se habló é interés de nuevo el concierto minero, al que mostró el señor ministro su decidida oposición, tanto más cuanto que la Hacienda, decía, sin forzar hasta hoy ciertos resortes, obtiene recaudaciones que exceden de las sumas por que se ofreció el concierto al Sindicato.

Esto decía el señor ministro presentando datos oficiales que no han podido ser puestos en contradicción por los conferenciantes.

En suma y para terminar ésta ya demasiado larga carta:

Que la impresión recibida de la última entrevista con el Sr. Urzaiz no puede ni debe considerarse como beneficiosa para el interés de esa región, y que como las cosas no varían, las gestiones y los trabajos, verdaderamente dignos del mayor aplauso de nues-

tros representantes en Cortes y de las respetables personalidades que vinieron á esta capital en demanda de auxilio y protección, hay que considerarlos perdidos ó inútiles.

Esta es mi opinión que desearía ver desmentida por los hechos. Expuesta queda y en vista de ella á ustedes corresponde hacer de nuevo lo que reclame la conveniencia y aconseje la justicia.

TIJERETAZOS

«La Correspondencia» y con ella la mayoría de los periódicos, dicen que hay que prestar atención al problema obrero.

Bueno es caer en la cuenta de lo que es necesario.

Pero es mucho mejor comenzar la labor. Y eso corresponde al Gobierno.

Conque éste se dé por advertido y procure que no vuelva á cargarse la mina, se adelantará algo.

Pero si alejados los truenos nos olvidamos de la tempestad, no habrá que asombrarse de que nos coja un nuevo chaparrón.

Dice «El Ejército Español» frotándose las manos:

«Dice una vulgar sentencia, que no hay pecados más pronto pagados que los de la lengua.»

En efecto, había que ver ayer tarde aquellos enérgicos varones insultadores en otros tiempos del ejército, que le arrojaban su cara habiéndose rendido en las Antillas sin combatir, haciéndole responsable de las catástrofes por ellos preparadas, como andaban ayer de carniceros y alarmados, acosando al general Weyler á preguntas, donde quiera que había un carro en que comentasen los sucesos de Barcelona, cual si ya hubiesen oído vibrar la apocalíptica trompeta del juicio final.

Bien razonado pero poco oportuno.

Hay cosas sobre las cuales no se debe volver, so pena de enzarzarse de nuevo.

Y si el conde de las Almezas, que dijo

antes cuanto se le ocurrió, promoviendo aquellos alborotos del Congreso, dice ahora que el general Weyler es un buen ministro, bueno.

Se habrá convencido de su tirazón y entónas el mea culpa.

De todos modos el arrepentimiento no deja de ser una virtud.

MICROSCOPICAS

Tras de la agitación sobreviene la calma; á la revolución sucede la reacción; después del paro absoluto viene el movimiento febril.

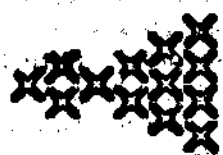
La contienda en las calles va cesando. A los ecos de los pasados tiros responde el golpe del martillo en las fábricas. Después de algunos días se habrá restablecido la normalidad y cuando lleguen las primeras fiestas populares, aparecerá Barcelona espléndida de gala.

Para la mayor parte de sus habitantes, lo pasado constituirá una pesadilla dolorosa. Para el resto una realidad horrible. El padre que murió en la contienda, el despojo inútil de una cuchillada, el hijo encarecido, pendiente de las resultantes de un proceso, el hermano huído á tierra extranjera para seguir viviendo libre...

Para esa minoría que llora y llorará mucho tiempo las consecuencias de un lamentable error, la solidaridad no ha sido una virtud sino un castigo. Sin ella vivió tan bajosamente, pero vivió al fin, con tranquilidad, sin peligros, preocupado por el porvenir, más no por el presente. Mientras hubieran durado...

«Pero ya no los hay.» El mismo jornal que iba creciendo bajo el influjo de la huelga periódica y pacífica ó de las mutuas concesiones, lo arrebató una bala.

Cuando Barcelona arda en fiestas y la alegría rebosa en los sembrantes y se llena la plaza de toros con los compañeros del infeliz trabajador que se hizo solidario de un mal que en nada le afectaba como llevarán la viuda y los hijos al ver roto ante su dolor triste el lazo de solidaridad que les condenó á vivir en la miseria sin pan y sin abrigo!



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.^a



426

LOS CRUZADOS

—Sí, pero en presencia de todos, perquetodos deben ser testigos de mi lealtad.

Después ordenó á su escudero que fuese en busca de Danusia y se acercó á De-Love, Rotgher y Gottfrid que discutían con animación.

—¿Qué que abrigas con esta intención, dijo Sigfrid, Rotgher murmuró:

—Dejarle libre!

—Verás como te muerdes añadió Gottfrid.

—Pagará el rescate, dijo De Danfeld con indiferencia.

—Aunque nos diese todo su patrimonio, en menos de un año lo recobrará con creces.

—Este lobo, dijo Sigfrid, devorará las ovejas de la orden.

—Y mi palabra? preguntó Danfeld sonriendo. No le hemos humillado bastante?

El capitán de la guardia volviéndose hacia Jurand dijo:

—Tus hermanos no se habrían portado como nosotros. Has bebido nuestra sangre y te tratamos con cortesía.

Jurand no se fijaba en estas palabras; pues el deseo de ver á Danusia embargaba su ánimo y le hacía juzgar con indiferencia á los Cruzados.

—Es verdad, exclamó, he sido cruel para voso-

424 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

que me habéis prometido libertar á mi hija que está en la torre.

—¿Quién te lo prometió? preguntó De-Danfeld.

—En nombre de la fe y del honor me lo ofreciste.

—¿Dónde están los testigos? Aunque no se necesitan, porque sabemos lo que vale tu honor y tu palabra.

—Me lo has prometido por tu honor y por la Orden.

—Te la devolveremos, dijo De-Danfeld.

Y luego, dirigiéndose á los Cruzados, añadió:

—Lo que ha padecido es poco en comparación con las ofensas que ha inferido á la Orden; pero como he prometido devolverle su hija si se presentaba entre nosotros humillado, mantendré mi promesa; la doncella recobrará la libertad y él mismo, en cuanto haya hecho penitencia, podrá volver á su castillo.

Los caballeros le miraron con asombro, porque conocían su odio contra Jurand; pero él, impertérrito, añadió:

—Tu hija saldrá acompañada de una escolta y tu participación cuando vuelvan los soldados, no sin pagar rescate.

—Que Dios te recompense, komptur, dijo Jurand.

—Ahora concoca á De-Danfeld, el caballero de Cristo.

—Déjame ver á mi hija.

421

LOS CRUZADOS

Jurand no preguntó más porque habían llegado á la sala del caballero.

El olérigo se marchó.

La sala era grande y mal alumbrada. En el hogar ardía un buen fuego. Jurand vió una gran mesa á la que comían varios caballeros y detrás de éstos escuderos y soldados, con un bufón y un oso.

Jurand que conocía á De-Danfeld, por haberle visto en Masovatzk, le reconoció. Estaba sentado en una poltrona y tenía un brazo vendado.

A su derecha se hallaba el viejo Sigfrid De-Love, enemigo de los polacos y en especial de Jurand; á la izquierda se sentaban Gottfrid y Rotgher que ostentaban espada y que miraban con desprecio á Jurand.

El silencio era completo, Jurand se había detenido en el centro de la sala con la cuerda al cuello y se portaba con dignidad su humillación.

Al ver que acudían tantos hombres de armas y orados creyó que De-Danfeld cumpliría su pacto no atreviéndose á romperlo delante de tantos testigos.

El podestá hizo seña á un escudero y éste se acercó á Jurand, tomó la espada y le condujo hasta la mesa.

De-Danfeld exclamó:

—Grande es el poder de la Orden!

—Y lo será siempre dijeron en coro los cruzados. El podestá añadió: